

Preludio

Para serte sincero, ni siquiera yo sé por qué motivo le puse este título a mi carta de suicidio. Siempre fui un gran admirador del arte en todas sus ramas, así que tal vez sea ese el motivo de mi despedida empalagada en romanticismo de telenovela de dos pesos.

Lamento desilusionarte si esperabas una despedida más acorde a un desquiciado que está a punto de cortarse las venas con una hoja de rasurar colmada de palabras hirientes, letra inentendible ante el pulso batallando con un ataque de nervios y las lágrimas empañando la escritura en fragmentos, pero sería hipócrita de mi parte fingir que le temo a la muerte. Pensarás que soy un demente y tal vez tengas razón, pero es difícil temerle cuando esta no ha hecho más que hostigarme durante poco más de treinta años.

La primera vez que tocó a mi puerta, inconscientemente le invité a pasar, y ella se presentó ante mí obsequiándome seis o siete cálidos y dolorosos besos de plomo; no recuerdo con exactitud cuántos disparos atajé con el torso, aunque nunca olvidaré la desesperación de mi esposa como tampoco sus desaforados gritos de espanto, su ferviente dedicación por intentar mantener mis ojos abiertos y sus lágrimas enjuagando mi rostro como una tímida y cálida lluvia en pleno día soleado. Y cuando mi corazón ya nada pudo hacer para mantenerse en funcionamiento, le tocó el turno a aquella nefasta entidad oscura en abrirme las puertas de sus aposentos, no quedándome más alternativa que descender al reino en donde su labor es rutina diaria, donde las moléculas de aire parecieran conformar eternas neblinas desprendidas del fuego más intenso durante el día y, en irónica contrariedad, el reemplazo de esa sensación que abrasa la carne y toda funcionalidad interna por un alivio efímero cual fugaz parpadeo, culminando en un aliento gélido y perpetuo transportado por violentos e ininterrumpidos soplos capaces de convertir a todo ser vivo en estatuas de hielo por las noches; y ni hablar de los estragos causados por la hambruna y los abrumadores rituales de canibalismo en consecuencia, la peste y las enfermedades a raíz de tan desfavorable entorno, la perpetua amenaza en manos de los cazadores asechando nuestras presencias a toda hora y los tortuosos intentos por congeniar con una gran diversidad de etnias abarcadas por ladrones, asesinos, violadores, pedófilos, torturadores y toda una amalgama de sádicos y enfermos mentales con los cuales compartí vivencias, cobijo y alimento en pos de nuestra supervivencia.

Pensándolo bien, no negaré el hecho de tener flojas algunas tuercas, ¿pues quién, en su sano juicio, sería capaz de tolerar una realidad semejante? Así que antes de juzgarme, primero ponte en mis zapatos.

Esta es mi historia, la historia de un pobre diablo llamado Adaír Lombardo, un soñador empedernido que no ha tenido un solo logro en esta vida pero que ha hecho todo lo posible por remediar su fracaso existencial, aún con el reino de la muerte y el eterno sufrimiento colmado sobre sus hombros.

Acto I

“Por mí se va a la ciudad doliente. Por mí se va a las eternas penas. Por mí se va entre la gente perdida. La justicia movió a mi autor supremo. Me hicieron el divino Poder, la suma Sabiduría y el Amor primero. Antes que yo no hubo cosa creada, sino lo eterno, y yo permaneceré eternamente. Dejad toda esperanza los que entráis.”

Dante Alighieri, La Divina Comedia.

I

Al comienzo, sólo hubo confusión y caos.

Tan sólo bastó con que abriera mis ojos para desear no haberlos abierto jamás, como también aguzar el oído y el olfato y al instante implorar que aquella realidad callara para siempre y permaneciera impoluta de toda grotesca y hedionda emanación; y ni hablemos del sentido del tacto ante una sobredosis de zarpas cual filosos garfios, de extensiones imposibles y conformidades cadavéricas, las cuales jalaron de mi cuerpo en un desesperado intento por hacerse con mi presencia como su codiciado trofeo. La magnitud de aquella agonía me hizo gritar como un desaforado al borde del desgarrar de mis cuerdas, pero pese a la intensidad de mis exclamaciones no fui capaz siquiera de escucharme a mí mismo: mis estridentes quejas y mi suplicante llanto quedaron camuflados por una infinidad de voces conformando los gritos más tajantes y estridentes, agudos y grotescos, penetrantes y espectrales que haya oído jamás, los cuales colmaron la bastedad de aquel tenebroso laberinto conformado por huesudos brazos de pellejo oscuro y gangrenado.

Despertar tan repentinamente en los brazos fraternales del sufrimiento máximo y tratar de comprenderlo todo, el cómo, el cuándo, el dónde y el por qué, fue como regresar a la fragilidad inocente y vulnerable del alumbramiento, como si la vida misma fuera el útero que me mantuvo acobijado durante veintiocho años hasta expulsarme a esta desquiciada realidad y como si una existencia gobernada por la corrupción, el abuso del poder y las prácticas de los actos humanos más indecorosos resultara ser el paraíso más añorado en comparación.

Jamás hubiera imaginado que lo extrañaría tanto...

Cada vez que mi mente formulaba una pregunta, el griterío a mi alrededor se intensificaba como una respuesta inequívoca y perpetua, elevando mi grado de desconcierto y confusión a cotas alarmantes; no había forma de librarme siquiera de tan apremiantes ataduras, así que no pude evitar que mi cuerpo fuera arrastrado en descenso, lentamente, hasta que mis pies quedaron colgando de un vacío absoluto. Luego, en un parpadeo, las agujas y enredaderas se desprendieron de todo mi cuerpo, permitiendo que cayera en picada a las fauces de una profunda y tormentosa oscuridad.

Descendí por aquel tenebroso infinito por un lapso que me resultó una eternidad, una eternidad en la que el aire no dejaba de abofetearme el rostro con aplacable insistencia, una eternidad en la que dos o tres destellos crearon raíces lumínicas a mi alrededor hasta explotar en una incandescencia que me cegaba por completo,

y tan violento fue mi impacto en aquel océano que me aguardó al final de mi caída que cualquier mortal habría sufrido, en vida, una muerte instantánea.

—¿¡Qué... Qué está pasando!? —Atiné a preguntar con cierto frenesí una vez que expulsé toda el agua que había tragado, tratando de recobrar la compostura a la vez que intentaba mantenerme a flote a duras penas.

—¡Ayúdame por favor! ¡No sé nadar! ¡¡No sé nadar!! —gritó un sujeto a la par con el corazón galopando en sus palabras, a la vez que intentaba mantenerse a flote haciendo presión sobre mis hombros.

—¡No! ¡Suéltame! —Debí forcejear para quitármelo de encima, pero al instante otro ocupó su lugar, y a este le siguió otro más, conformando un ciclo constante y repetitivo que parecía no tener final.

Para cuando logré librarme de toda amenaza y me percaté de mi alrededor, contemplé anonadado la bastedad de mi entorno completamente abarcado por cientos de personas hasta donde una profunda bruma me permitía ver, hombres y mujeres caídos en la misma desgracia y lanzando manotazos, forcejeando con quien se encontrara a la par y esbozando sus vociferaciones entrelazadas unas a otras como un coro siniestro de suplicas y lamentos tajantes, todos esmerados por resaltar su existencia como una competencia de intensidad vocal.

—¡Suéltame hijo de una gran puta! ¡Te digo que me sueltes! —En más de una ocasión mi cuerpo quedó por completo sumergido ante la desesperada intromisión de quien se servía de mi presencia como una balsa salvavidas, al cual debí jalar con fuerza de las piernas para luego impulsarme con ambos pies sobre sus hombros hasta regresar a la superficie, y por más que intentaba encontrar un espacio vacío resultaba inútil, pues todos nuestros cuerpos se encontraron tan comprimidos ante la masa ingente de personas que difícilmente lográbamos mantenernos estables por cuenta propia.

En la mayoría de los casos, la lucha se tornó tan intensa que las profundidades no cejaron en recibir decenas y decenas de ofrendas mortales. Tal fue mi desespero por sobrevivir que puse fin a mis disputas personales a puño cerrado o cualquier medio que tuviera al alcance tales como fuertes tirones de cabello, cabezazos, mis manos clavando los dedos cual puñales en cuencas y pescuezos y, en una ocasión, un profundo mordisco en una oreja que terminé arrancando de cuajo; aún recuerdo el sabor amargo de la sangre ajena en mi boca, y más aún el sufrimiento audible seguido del silencio eterno de aquellos que osaron salvar sus pellejos a costa mía.

En situaciones como esa no te interesas por el bienestar de los demás, aun sabiendo que cuando la mente se enfría no harás más que echar leña al remordimiento; en ese preciso instante tu raciocinio pasa a segundo plano y tu cuerpo reacciona bajo la influencia de un instinto superior, que te hace actuar sin pensar siquiera en lo que puedan llegar a desencadenar tus acciones. Inconscientemente lo permites y le das la llave de tu funcionalidad, puesto que en ese breve y a la vez perenne instante sólo eres consciente de que *él* está dispuesto a tomar las riendas de la situación; en otras palabras, está dispuesto a ensuciarse las manos por ti.

Pero dicho instinto de supervivencia no es sinónimo de inexpugnable.

Todos lucharon fieramente bajo el mismo frenesí, aun cuando la razón no fue capaz de darnos una respuesta a nuestro nuevo entorno, y a punto estuve de

compartir el fatídico destino de aquellos desgraciados que yacían inertes y en constante descenso hacia el abismo, momento oportuno en que logré apañármelas gracias a la necesidad de otra persona de convertir a mi opresor en su bote personal o bien gracias a las presencias que caían constantemente del firmamento, con una intensidad tal que acabaron para siempre con las vidas que padecieron el impulso radical de su llegada a este mundo.

—¡Un barco! —gritaron algunos con exaltación.

—¡Por aquí! ¡Por aquí! —Pese a que todo nuestro alrededor se encontraba completamente sumido por una penumbra latente, aquella predominante presencia se logró entrever en su sino, albergando una luminosidad artificial e impetuosa gracias a la cual se pudo apreciar la majestuosidad de su oscura silueta, como un telón traslucido incapaz de mantener la incertidumbre en la audiencia; y si bien dicha figura comenzaba a perder su forma para desconcierto nuestro, su incandescencia cobraba mayor fuerza en reemplazo a medida que la lejanía comenzó a perder la batalla hasta abarcarlo todo.

Rápidamente, el multitudinario naufragio pasó de un alboroto centralizado a una marea humana en dirección a aquella silueta inequívoca, con un esmero tal que arrastró a todo condenado que se encontraba en su camino. Toda disputa por mantenerse emerge se condujo ahora hacía aquella embarcación de conformidad incierta, hasta que el velo quedó finalmente a sus espaldas y la inexplicable luminosidad de aquella barca reveló su existencia: una embarcación de antaño, conformada por planchas laterales de cobre y madera reforzada y con retoques y soldaduras de hierro, tres velas gigantescas y una proa extensa y predominante; pero lo más curioso fue la fuente de su luz, conformada por varios focos de complexiones similares a las de un ser humano encadenadas a su alrededor, tanto en la proa como en las aberturas clausuradas para remos en babor y estribor, cuyo brillo sólo se vio opacado cuando las aguas lograban sumergirlas en el vaivén de su traslado.

Gritamos y extendimos nuestras manos ante su enigmática presencia con la esperanza de salvación, cuyo ardor artificial no nos permitía vislumbrar lo que había detrás de su ojo enceguedor; y no fue hasta que los gritos de socorro se transformaron en gritos de espanto que caímos en la cuenta de la razón de su presencia allí.

Fue un silencio minúsculo cuando varios nos percatamos de aquel náufrago que había recibido un flechazo en el rostro, y dicho silencio quebrantó en un exultante bullicio de horror cuando una lanza le traspasó de lleno su cráneo. Acto seguido, una lluvia de proyectiles provino de aquellas fauces incandescentes e impactó en varias de aquellas personas que nos rodeaban, provocando que las vociferaciones de pánico se mezclaran con los estertores de dolor y muerte. La sangre se esparció por aquella oscuridad acuosa y la muchedumbre intensificó sus esfuerzos por mantenerse emerge, a la vez que intentaron abrirse camino por entre los cientos de engendros quienes aún tardaban en reaccionar a las calamidades frente a sus ojos.

Nadé jadeante en dirección opuesta al navío, pero esta viró su curso en mi sentido y mi cuerpo fue arrastrado de un punto al otro ante la marea ingente de cuerpos encarnecidos, quienes aún no habían decidido por cual camino optar. La exasperación cabalgó ardiente en mi sangre mientras lanzaba manotazos y

pataleadas en el agua hacía algún punto incierto, y el desborde emocional entrelazado a mis intentos demenciales por conservar la vida intacta parecieron otorgarle alas a mis extremidades.

Aunque por desgracia, la muerte también había adquirido la misma rapidez.

A donde quiera que miraba, los cuerpos sin vida flotaban a mi alrededor ante expresiones catatónicas, y aquellos pocos quienes se encontraban aun respirando a duras penas elevaron sus torsos en el momento exacto en que varias flechas se incrustaron en sus cuerpos.

Había llegado a un punto en que el desconcierto se apoderó por completo de mi existencia, privándome de toda acción y reacción al encontrarme completamente rodeado de cientos de cadáveres a la deriva. No importaba hacía donde posara la vista, pues en todas partes estaban esas caras contemplando la nada misma y en completa quietud, conformando un arte retorcido en todo su esplendor; casi pude imaginarme el cuadro visto desde arriba. Fue increíble el cambio repentino en el que, unos momentos atrás, todo el mundo se encontraba elevando su voz al firmamento, y ahora una calma de cementerio se cernía sobre esas aguas como si nunca nadie hubiera tenido la osadía de quebrantar la paz de aquella caótica realidad. Aquel silencio punzante y espectral se caló en mis huesos como las garras que me soltaron allí, el cual era levemente desquebrajado por las voces de la tripulación, cuyos gritos se intensificaron a medida que se aproximaban.

Permanecí con el cuerpo boca arriba, en un sollozante y suplicante intento por lograr un camuflaje perfecto entre todos mis semejantes, pero aquella tripulación ya me había clavado el ojo antes del engaño.

—¡Por allí! ¡Aún queda uno! —Tales palabras petrificaron mi existencia cual medusa engatusa con sus ojos de gorgona y sus cabellos de serpiente. La consternación fue tal que no supe qué hacer; ya no tenía caso fingir mi muerte pero la falta de determinación me dejó clavado en donde estaba, con la misma expresión estúpida de boca abierta y mirada perdida.

Tan sólo cerré mis ojos, esboqué un último suspiro y aguardé lo inevitable.

Al contemplarla desnuda en su cama, Adaír no pudo evitar pensar en la suerte que tenía de tener a su lado a semejante mujer; de tener la oportunidad de besar su boca todos los días y de hacerle sonreír al extremo de la carcajada. Dicha devoción se la demostró creando surcos y senderos con sus labios alrededor de todo su cuerpo, formando sendas húmedas con la punta de su lengua ante un tacto sutil y levemente escaso con intención de provocarle aquellos placenteros espasmos que a ella tanto le fascinaban, hasta desembocar dicha travesía en su cuello, donde clavó suavemente sus colmillos para satisfacer su fetichismo de fantasía vampírica.

Ella no tenía necesidad de hacer absolutamente nada para encender su libido, tan sólo bastaba con revelarse como dios la trajo al mundo, con brindarle sus senos para saciar su perpetua sed y entreabrir sus piernas, incitándole a las dulces y enérgicas caricias con la punta de sus dedos para elevar la erección de su marido hasta abarcar la firmeza de todo macho en plena cúspide de su virilidad.

Su cuerpo era su éxtasis, y su fluido su dulce néctar.

Adaír siempre se afanaba tanto en aquel empleo que era su esposa quien le terminaba suplicando que entrara en su cuerpo ante extasiados susurros, momento en que su marido, fiel sirviente al mandato de su princesa, se posicionaba por encima suyo y contemplaba

cada esbozo, cada gesticulación y cada estremecimiento a medida que su miembro se introducía con calma, o con un hambre voraz que le hacía perder su total sutileza, dependiendo del gesto que deseaba obtener en cada ocasión.

Al instante en que el interior se adecuó a la conformidad de su huésped, la molestia desapareció del entrecejo de Helena y sus dientes se aferraron a su labio inferior desbordante de deseo, momento en que la velocidad comenzó a desplazar el lecho de un lado para otro; de esta forma, los suaves jadeos se transformaron paulatinamente en gemidos que no pudieron evitar traspasar las paredes, la cama a dar brincos con mayor ahínco y el vecino del piso superior a hacerse notar con su clásico repertorio de quejas, hasta que su marido no logró contener por más tiempo toda su eyaculación, provocando que su esposa elevara su presencia hacia el cielorraso y transformando aquel instante en otro acontecimiento que quedará por siempre en la memoria de ambos.

—Medio minuto más, nuevo record —esbozó ella con cierto reproche aún entre jadeos, y su marido no pudo contener su gracia entremezclada a sus propios intentos por recobrar el aliento.

—Cállate, bien que esto perdura bastante cuando arrancamos temprano —respondió él con una pícaro sonrisa.

—Con lo poco que vamos a dormir, pudiste haberlo hecho durar hasta la hora de ir al trabajo.

—No me hagas acordar, encima que ya es lunes... —dijo Adaír mientras se refregaba el rostro ante el sabor amargo de dicha noción, y más aún al contemplar las cuatro y cincuenta y ocho a.m. que marcaba el reloj de su teléfono celular; dos horas más y daría comienzo otro detestable día laboral.

—Deberíamos establecer un horario estricto para cada cosa, ¿no?: cero horas, caricias y masajes; cero treinta, masturbación asistida, y cinco minutos después el resto. —Ella carcajeó ante la ocurrencia de su esposo.

—Tal vez, después lo vemos bien, ¿Por qué no intentamos dormir un poco?

—No va a haber mucha diferencia con lo poco que tenemos —dijo él con la misma sonrisa traviesa, para luego depositar un beso en su mejilla—, y mucho menos teniendo en cuenta que te toca preparar el desayuno.

—No me vengas con ese cuento —respondió su esposa, no sin antes clavarle en las costillas la punta de sus dedos, provocando en él un brusco sobresalto ante su sensibilidad en esa área.

—¡No empieces! —exclamó él con cierto fastidio, pero las cosquillas le hacían esbozar tal sonrisa y carcajada que difícilmente podía catalogarse su estado de ánimo como tal.

—¿A quién le toca preparar el desayuno? —preguntó ella con cierto tono juguetón.

—A vos. —Dicha respuesta provocó que su opresión bajo aquel ataque juguetón se intensificara, ocasionando que el cuerpo de su esposo sufriera más y más retorcimientos—. ¡Basta! Sabes que no me gusta que me hagas eso.

—Entonces seamos justos, la última vez lo preparé yo.

—Las tostadas quemadas y el café aguado no cuentan.

—¿Y a mí qué? Te toca a vos.

—¿Estas segura? —preguntó él fingiendo una mueca siniestra y maliciosa—. Mira que la venganza puede ser terrible.

—Cállate, bobo. —Ambos esbozaron su gracia, tan sólo un pequeño fragmento de felicidad pero suficiente como para opacar toda contrariedad que atentara contra el bienestar de la feliz pareja. Él le depositó un tierno y prolongado beso entre sus labios, y

ella le recibió gustosa como si de ello dependiera para que su propia existencia valiera la pena.

—Te amo —Le dijo Adair con voz dulce y apagada.

—Yo también —respondió Helena con el mismo tono.

—Yo más.

—No, yo.

Tal vez fue el recuerdo lo que me hizo actuar de forma instintiva, o simplemente la adrenalina había decidido que podía seguir pedaleando un rato más. La cuestión es que abrí los ojos de forma automática, extendí mi brazo derecho hacía un cuerpo que se encontraba a la par y lo jalé con fuerza hacía mi presencia, contuve todo el aire que pude y me zambullí por debajo de su conformidad en el momento exacto en que varios proyectiles penetraron en la totalidad de su plexo; pude sentir cada impacto transportado por la convulsión del cadáver entre mis manos, ese estremecimiento de lo inamovible y, al mismo tiempo, la sensación ardiente y eufórica de haberle escupido en la cara a la muerte.

Cuando la lluvia de flechas cesó, me deshice de mi escudo humano y nadé sumergido por entre todos los muertos. Cualquiera allí presente pensaría que lo haría en dirección contraria a mis asechadores, así que nadie intuyó que su víctima nadaría precisamente hacía sus presencias.

Nadé camuflado por las profundidades sin detenerme un solo instante, sorteando con el rozamiento los cuerpos flotantes y en descenso y tratando de contener la fuerte necesidad de dirigir mi presencia a la superficie para recobrar el aliento; la oscuridad allí abajo no me permitió ver su contenido ni la dirección de mi camino, así que simplemente nadé con la esperanza de encontrarme lo suficientemente resguardado y siguiendo la vía pactada de mi desorientado destino, hasta que emergí el rostro y recobré el aliento con toda la serenidad de la que fui capaz para no llamar la atención, giré mi presencia y contemplé con entusiasmo a la iluminada embarcación a varios palmos de distancia detrás de mí; pero no contaba con la desgracia de toparme con otra galera de características similares aproximándose a corta distancia, haciendo uso de incontables remos a cada extremo que le permitieron adquirir mayor rapidez en su acercamiento. Antes de que me diera un infarto logré fingir mi cadáver entre todos mis semejantes sin vida y, afortunadamente, lo que no había resultado con la primera amenaza sí lo había hecho con esta segunda. Una vez pasado el peligro, volví a sumergirme para no tentar a la suerte y continué mi sendero, alejándome cada vez más y más de mis enemigos y procurando estar alerta ante la posible aparición de otra inoportuna embarcación.

—¡Oye! ¡Por aquí! ¡Ayúdame! ¡Ayúdame por favor! —exclamó un sujeto a varias brazadas de distancia, cuyo prolongado cabello le cubría la totalidad de su rostro mientras extendía sus brazos en mi dirección. Cada tanto hacía su aparición un hombre o una mujer que aún se encontraba con vida entre los cuerpos flotantes; cuando eso ocurría, hacía oídos sordos mientras continuaba proyectando mi alejamiento—. ¡Por favor! ¡No podré resistir mucho más...! ¡Por favor... por favor... no me dejes aquí solo! —gritó con una demencial y sollozante desesperación, provocando que la culpa que recaía sobre mis hombros le otorgara mayor peso al dolor de mis articulaciones cada vez que realizaba una brazada,

hasta que sus palabras se perdían en un punto incierto completamente lejano a mi percepción.

Mis esfuerzos también encontraron motivación suficiente cuando se lograba entrever en la niebla los contornos envueltos en luminiscencia de algún que otro navío antiguo en diversas direcciones, y cuando los sentía sumamente cerca no hacía más que retomar mi papel de cadáver.

Tuve que apresurarme ya que, poco a poco, mi escenario fue quedando desprovisto de escenografía al haber cada vez menos cuerpos sin vida varados en la superficie.

Ante cada esfuerzo empleado, las preguntas en mi mente cargaron con mayor peso que el arrepentimiento sobre mi espalda. ¿Por qué...? Ni siquiera sabía cómo formular esa pregunta, ¿qué significa todo esto? ¿Qué es este lugar? ¿Por qué intentan matarnos? Dos hipótesis surgieron, una más atractiva que la otra. La primera idea resultó ser la más dolorosa: había muerto, y todo aquello no resultaba ser más que mi recompensa a una vida la cual, inexplicablemente, apenas recordaba. ¿Realmente estaba muerto? De ser así, ¿cómo había ocurrido? Me latía el cuerpo con un dolor abismal cada vez que forzaba a mi mente a recordar. La segunda era mi favorita, por lejos: Todo esto se trataba de una pesadilla. Tenía que serlo, aunque todo se sentía tan real, tan jodidamente real, y aquella extraña sensación se incrementaba cuanto más lidiaba con mi entorno y mis esfuerzos por continuar mi camino. Abracé aquella idea, pero aun así no dejé de nadar, de intentar sobrevivir, y dicha contrariedad carcomió mi existencia y mermó mi esmero luego de lo que parecieron ser las horas más extenuantes y dolorosas de toda mi vida.

Perdí la consciencia en un par de ocasiones, la cual recobré de forma brusca al emerger de súbito y expulsar todo el contenido que a punto estuvo de obstruir la labor de mis pulmones.

Quería que fuera una pesadilla, ardía en deseos por transformarlo como tal, pero para ello debía abandonar toda empresa. No lo hacía por voluntad, más bien por una sobrecarga tanto física como mental ante un esfuerzo que parecía no terminar nunca, la cual se encontraba fuertemente adornada por la incertidumbre, hasta que mis brazos dejaron de ejercer arcos en el agua y mis pies abandonaron su rutina por lo bajo.

Mi cuerpo, simplemente, dejó de moverse.

El despertador de su teléfono celular comenzó a sonar a las siete de la mañana con su respectiva y fastidiosa melodía. Era un tono musical agradable si se la analizaba desde el punto de vista estructural, pero el simple hecho de cumplir la función de perturbar el sueño la clasificaba como irritable.

—Mi amor... —Le susurró Helena al oído luego de apagar dicha molestia y apaciguar su brusco despertar—. Hay que levantarnos.

—No... —respondió él con todo el cansancio del mundo—. Veinte minutos más...

—De acuerdo —dijo ella con cierto desgano somnoliento, aunque agradecida en su interior. Programó el despertador para los siguientes minutos, lo depositó en su mesa de luz y volvió a reposar su rostro en la comodidad de su almohada mientras, sumamente agradecido, su marido enterraba sus labios en el cuello de su esposa para besárselo, con

tanta suavidad que provocó en ella ese adorable cosquilleo que se le antojaba en forma de una tierna y leve risotada.

Una, dos y tres veces más, aquella melodía irrumpió el descanso de la pareja.

—Mi amor... vamos, levántate. —Le exigió ella con toda la dulzura y encanto de su ensoñación mientras estiraba sus extremidades, para luego esbozar un prolongado bostezo. Su marido, por el contrario, hizo el ademán de despegar el rostro de su almohada, tan sólo para caer rendido nuevamente.

—Diez minutitos más, y juro que me levanto...

Pero el despertador jamás volvió a emitir aquella melodía.

Entreabrí los ojos, apesadumbrado por la fatiga y una extraña molestia que me carcomía el pescuezo.

—Mi amor, ¿qué hora es? —Recuerdo haber preguntado, pero ella jamás respondió. Incorporé levemente mi rostro y una portentosa y ahogada tos me doblegó, con tal intensidad que a punto estuve de expulsar los pulmones por la boca.

Extendí mi brazo en dirección a mi esposa, pero obtuve a cambio una sensación húmeda y pegajosa. Me levanté de súbito al percatar la sangre que impregnaba mi mano, para luego contemplar horrorizado el cuerpo decapitado de una mujer; se habían ensañado de tal forma en su cráneo que este yacía desprendido de la parte superior de la mandíbula, permitiendo que la inferior aún permaneciera adherida a su conducto y demostrando la totalidad de la extensión interna de su lengua y la grotesca densidad de su sangriento contenido. El sobresalto hizo que me tambaleara hacia un costado, tan sólo para tropezarme con otro desdichado caído en desgracia conformado por el torso de un hombre famélico, cuya sangre se desprendía de su contorno como una inmensa alfombra roja, y sus vísceras desparramadas en la arena servían como conectores con la otra mitad de su cuerpo ubicado a dos o tres pasos de distancia. Del espanto caí hacia adelante, y nuevamente debí incorporarme de un brinco al toparme con otro cadáver, cuyo plexo carecía por completo de sus cuatro extremidades.

A donde quiera que posara la mirada sobre la extensión de aquella costa marítima, encontraba hombres y mujeres que habían sufrido una muerte de lo más horrenda, aunque eso no había sido lo único que había llamado poderosamente mi atención; todos los cuerpos allí desperdigados al olvido presentaban cierto grado de despellejamiento, algunos del torso, otros de los brazos, otros de las piernas y la gran minoría en su totalidad a excepción del rostro.

Aquel revoltijo que sentí en el estómago me hizo doblegarme por sobre mis rodillas, tan sólo para expulsar toda la bilis en aquella arena que apenas se distinguía del tinte escarlata que lo abarcaba todo, y ahí fue cuando caí en la cuenta de la peor revelación que haya tenido jamás: cuando me llevé ambas manos para refregar la perplejidad de mi rostro, sentí una leve depresión a la altura del mentón, la cual seguí con mis dedos hasta desembocar en mi despellejamiento personal, conformando la totalidad del cuello en doliente carne viva.

—No, no, no... esto no puede estar pasando... —En ese momento, el desconcierto había alcanzado un punto tan catastrófico que puso a prueba mi credulidad.

A las preguntas iniciales se sumaron muchas otras, y dicho reclutamiento de la incógnita no hacía más que continuar su propagación hasta el desborde.

Y aún faltaba más...

Mi perplejidad fue en aumento cuando mis oídos prestaron atención al escándalo a corta distancia: por encima de mi cabeza, un manto abovedado y rosáceo se encontraba estrellado en su totalidad, pero mis ojos se desviaron de tal majestuosidad ante el curioso movimiento de miles de manchas e inquietantes aleteos oscuros, con sus respectivos graznidos chirriantes y atronadores de toda ave rapaz.

—¡No! ¡Por favor! —Pero aquel ajetreo del firmamento no se comparaba al propio que se estaba celebrando en la totalidad de aquel litoral.

—Please don't do it! Don't! (¡Por favor no lo hagas! ¡No!) —Aquel desconcierto multitudinario estuvo conformado por cientos de gritos entrelazados, gritos de sufrimiento y espanto, de un terror tan extremo y profundo y con una intensidad tal que desquebrajaron las cuerdas vocales de quienes no encontraron más alternativa que interpretar tan funestas notas. Dicho bullicio desquiciado provino de miles de entes de cuerpos y extremidades en carne viva.

Algunos corrieron de una punta a la otra, mientras que otros simplemente cayeron fulminados por los emisarios de la muerte: hombres y mujeres revestidos por lo que parecían ser armaduras, algunos con escudos, otros con cascos, los cuales perforaban, machacaban, decapitaban y descuartizaban a sus víctimas despellejadas con espadas, hachas simples y de doble filo, guadañas, lanzas, tridentes y mazos.

Fui testigo de extremidades que saltaron de sus troncos, de la sangre que se desprendió de los cuerpos como fuentes de agua al igual que entrañas, heces y secreciones varias y de cráneos siendo aplastados por la violenta caída de un mazo, como la furia de un dios caído del cielo.

—¡Eh tú! —gritó uno de los carniceros al notar mi presencia— ¿Quién te ha dado permiso para seguir con vida?

—¡Se ha hecho encima! —exclamó uno de sus compañeros, señalando con su espada a mi entrepierna.

—¿Cuánto a que le doy desde esta distancia? —preguntó un tercero, y todos sus camaradas alabaron su alarde.

—Cincuenta muertes a que no le atinas.

—¿¡Apuestas cincuenta por ese pobre diablo!? —objetó el tercero antes de esbozar una festiva y portentosa carcajada— ¡Pues ya puedes ir pagándome! — Tal entusiasmo le llevó a colocarse en posición de tiro para luego arrojar su jabalina con una velocidad tan descomunal que, de haberse tratado de un tirador nato, me habría perforado entre ceja y ceja, pero en cambio me rozó peligrosamente la oreja derecha y provocó que cayera de bruces y gritara de dolor.

El participante bufó de rabia, mientras el resto de sus compañeros festejaron su fallo con algarabía.

—Déjame mostrarte como lo hace un profesional —dijo el carnicero que había sugerido el precio por mi deceso.

Por mi parte no tuve deseos de continuar siendo objeto del entretenimiento ajeno así que, ni bien aferró su lanza predilecta aquel guerrero, me lancé a una veloz carrera hacia el costado opuesto.

—¿¡A dónde crees que vas!? —gritó aquel sujeto.

—Lo siento, pero tendrás que probar suerte con el objetivo en movimiento.

—¡Jamás acordamos eso!

—Tampoco lo contrario. ¡Apresúrate! ¡Se te escapa!

En mi desesperado intento por quitarme el blanco de encima, me escabullí por entre algún que otro despellejado que se encontraba realizando la misma labor que la mía, y a punto estuve de recibir el disparo en curva desde lo alto de no haber sido por la intromisión de aquel sujeto que a punto estuve de franquear, cuyo fulminante impacto provocó que su cuerpo saliera despedido hacía mi presencia y me embistiera con tal brusquedad que me hizo rodar en el suelo.

Con gran esfuerzo y mareo me incorporé y renqueé en zigzag por entre el gran tumulto de muerte sin sentido. Los números de las víctimas superaban con creces a las destinadas a aniquilarnos así que, por breves lapsos de tiempo, fue sencillo ocultarme sin amenaza alguna, aun cuando resultaba ser como las escasas bocanadas de aire de un inexperto nadador.

Cada vez que me topaba con el grito de guerra de un asechador, mi renquera desaparecía mágicamente para dar paso a las extensas pisoteadas de un hábil corredor. Corrí y corrí por entre aquella masacre a campo abierto, esquivé presencias indeseadas y aquellas que resultaron un neutral obstáculo a mis intentos por sobrevivir, aunque no importaba hacía que dirección me condujeran mis pasos, pues aquel acto barbárico lo abarcaba todo hasta donde alcanzaba la vista; y en donde esta terminaba, bifurcaba en una enorme muralla ubicada en los adentros de aquel extenso y prolongado espacio; dicha existencia no fue lo que captó mi atención y encendió de fuego mis pupilas, sino el hecho de que dicha flama impetuosa en mis ojos no resultó ser más que un reflejo de la conformidad propia de aquella barrera majestuosa labrada en piedra, la cual enardecía inexplicablemente con una vivacidad alarmante e imponente que parecía otorgarle una gran diversidad de gigantescos brazos, los cuales danzaban inquietos por encima de su emanación.

Hubo algunos pocos quienes intentaron defenderse como pudieron de tal agravio, aunque mucho no pudieron hacer los puños cerrados y encarnecidos contra armas de hierro y de filos capaces de rebanar nuestra carne y nuestros huesos como hogazas de pan. Cada tajada, cada desmembramiento y cada perforación a mi alrededor decoraron mi presencia con trazos de un tenebroso y cálido tinte carmesí, como si de las pinceladas de un bufón con aires de artista se tratara, ensombreciendo de dicho tinte aquel infierno por delante de mis retinas. Los tropiezos fueron inevitables, y en más de una ocasión me desesperé al no lograr quitarme de encima a los cadáveres que caían como mocas por encima de mí, a tal punto que debí escabullirme por entre aquel océano de cuerpos sin vida, miembros mutilados y montículos de intestinos desperdigados, en los cuales caí atrapado como un títere enredado entre espeluznantes cuerdas.

Tan así fue la cantidad de muerte, tan así la necesidad y el deseo de matar que me vi envuelto en una orgía de sangre, y eso tan sólo fue el comienzo de todo lo que el infierno tenía para ofrecer.

A ninguno le importó cuanto gritara, gimiera o lloriqueara, a ninguno le importó un desquiciado más conformando la gran masa colectiva de histeria y decorando

aquella superficie de lozas de carne, cada quien se las debía apañar como pudiera y un imbécil como yo no sería la excepción.

Por fortuna logré llegar ileso hasta un tramo en el que la costa llegaba a su fin, tan sólo para virar su sentido hacía el costado derecho flanqueado por un inmenso médano de piedra como el extenso brazo de un gigante, hasta detenerme en seco ante un nuevo panorama: una franja ancha cuyo sendero minado de restos humanos ascendía en rampa hasta una duna, la cual se encontraba conformada por un importante amontonamiento de carne inerte entremezclada con la arena y cuya altura se extendía hasta por encima de nuestras cabezas. Aún se oían los estertores de una batalla imposible de ganar por detrás de aquel banco pestilente a muerte, incluso llegué a entrever los penachos de varios cascos asomándose por aquel horizonte a pocos metros cuando una mano se aferró de mi brazo y lo jaló con una fuerza descomunal, provocando que cayera de súbito al suelo. Rápidamente, aquel sujeto de cicatriz descendente en el ojo izquierdo me tapó la boca y, con una mirada que desbordaba en frenética seriedad, me indicó que guardara silencio al colocar un dedo entre sus labios. Acto seguido, una veintena de soldados hicieron su entrada en aquel campo encarnecido y corrieron hacía el tramo contrario hasta desaparecer de nuestras presencias.

Nos mantuvimos muertos y en completo silencio mientras pelotón tras pelotón desfilaba a trote ligero por allí, hasta el momento en que una banda de siete soldados rezagados intentó acelerar el paso para alcanzar al resto. Estos encontraron suma dificultad al no lograr sortear aquella infinidad de obstáculos, provocando que cayeran de bruces uno por uno; no fue hasta que el último de ellos intentó avanzar sobre mi presencia que descubrí el motivo de sus torpezas: aquel despellejado a la par mía se lanzó sobre los tobillos del enemigo, amarrándole con ambos brazos y logrando que cayera encima de mí.

—¡Sujétalo fuerte! —Me gritó aquel despellejado de la cicatriz en el ojo, así que luché contra el impulso de quitármelo de encima para efectuarle a nuestro enemigo una llave por debajo de cada axila. De esta forma, mi semejante le extrajo el casco para luego fulminarle con tal lluvia de puñetazos en el rostro que mi cuerpo se estremeció con las vibraciones de su víctima. Tal fue el ensañamiento que, aun cuando el castigo había finalizado, el cuerpo de aquel guerrero continuó convulsionando sobre mi amarre como si aún se encontrara recibiendo tan brutal golpiza, y al soltarlo a un lado para incorporarme, noté con pavor que de su rostro no quedó más que un vacío cráter contraído hacía el interior en un amasijo espeluznante de fragmentos de cráneo, dentadura y carne chamuscada y sanguinolenta.

—¡Rápido! ¡No tenemos mucho tiempo! —gritó otro semejante a corta distancia, mientras todos los que habían fingido conformar parte de aquella interminable y perversa alfombra forcejearon unos con otros, en un desesperado intento por hacerse con la codiciada armadura de nuestros asesinos. Dicha desesperación por tratar de obtener un bien que no alcanzaba para revestir a una veintena de entes caídos en desgracia empezó manifestándose en rabiosos insultos, hasta que la intensidad encontró la necesidad de saciar su imponentia ante fuertes puñetazos.

—Enough! ¡Suficiente! —exclamó portentosamente otro despellejado, pero de nada sirvieron las palabras para intentar entrar en razón a la muchedumbre. No

fue hasta que el de la cicatriz en el ojo abandonó todo intento, tan sólo para aferrar una espada del suelo y apuntarla en contra de cuyas manos sujetaban con desesperante codicia al cadáver revestido que resultaba de interés, provocando que todos a su alrededor retrocedieran sobre sus pasos. Apresuradamente, los más avisados imitaron la misma acción y el alboroto llegó a su fin.

Pero el reloj de arena había apostado en nuestra contra.

Su contenido descendía al otro extremo con una velocidad preocupante mientras cinco despellejados intentaban desvestir con prisa a cada soldado caído, al mismo tiempo que mantuvieron el estado de alerta para levantar nuevamente su arma en caso de cualquier acercamiento indeseado por parte de algún semejante, mientras que los otros dos cuerpos restantes continuaron siendo objeto de disputa por el resto como las migajas entre los hambrientos; por mi parte, no hice más que prestar atención al alboroto que yacía por detrás de aquella loma de cuerpos de carne desnuda.

No sabría dar explicación alguna a la noción de la inminente amenaza, simplemente fue una noción, un presentimiento lo que hizo que volviera a tumbarme en el suelo para fingir una vez más mi muerte ante los miles que yacían allí y otorgaban credibilidad a mi engaño; y no fue en vano, pues un número notoriamente superior de guerreros ascendió por aquella loma y se ensañó gustosamente con sus nuevas presas. Los despellejados, al no encontrar más alternativa que hacer frente a un deceso inminente, alzaron las armas arrebatadas a sus enemigos vencidos, pero no resultaron más que cachorros mostrando sus colmillos a las fieras adultas.

Aguardé una eternidad rezando para que no me descubrieran, implorando para que terminaran sus asuntos allí y conteniendo cada espasmo de pánico y cada esbozo de llanto, hasta que los gritos de órdenes, de festejo y horror volvieron a internarse a la distancia.

Rápidamente me arrastré por la arena, deteniéndome cada vez que sentía una presencia cerca o creía intuir su proximidad, hasta encontrarme a distancia de un brazo de un guerrero tendido en el suelo. Lo arrastré hacía mí, me mantuve estático y con el rostro plasmando una muerte espantosa cuando otros soldados transitaron por allí y, una vez a salvo, le desabroché los dos tirantes laterales de su peto de acero rematado en hebras de cotas y cuero negro y realicé la misma acción con las hombreras de hierro, las cuales iban adheridas a una placa del mismo material que protegía la caja torácica; luego bastó con el cinturón adherido a una falda con hebras de hierro, las rodilleras y las botas de acero reforzado, los brazales de cuero y, finalmente, la túnica de tela gruesa y oscura que recubría el cuerpo por debajo de toda molestia. Debí ejercer esta labor con toda la paciencia del mundo, pues el flujo de asesinos que transitaba por allí no daba respiro.

Un descubrimiento llamó mi atención mientras revestía mi cuerpo con aquella protección: además del despellejo de los pectorales en el cuerpo sin vida de aquel guerrero, yacía otra en su mejilla izquierda conformado por una fina carencia de piel con la forma de una garra, la cual descendía por debajo de la sombra de su párpado inferior hasta la proximidad del labio superior en forma curva y perpendicular. Era una marca distintiva, no había lugar a dudas.

A raíz de este curioso hallazgo, tomé las medidas necesarias para otorgarle mayor credibilidad a mi camuflaje.

Oculté el cuerpo desnudo por entre los escombros encarnecidos al finalizar mi revestimiento y, una vez en pie, junté todo el coraje que fui capaz de acumular mientras contemplaba absorto la espada que acarreaba en mi mano derecha, como quien intenta descifrar la ecuación más descabellada del artefacto más insignificante y, acto seguido, ascendí por aquella duna con intención de encontrar una salida a toda aquella locura.

El peso de la armadura parecía entrelazar un fuerte estrechón de manos con mi extenuante agotamiento, fomentando mi desazón ante una carga que ralentizaba mis pasos y me hacía doler las articulaciones con mayor esmero. Aun así continué con la cabeza gacha y la vista oculta por entre el contorno de mi casco guerrero para que nadie notara la carencia de aquella lágrima de sangre en la mejilla, y llegado a un punto no pude evitar detenerme en seco en el momento exacto en que avisté, a cientos de metros de distancia, las dos gigantescas compuertas de hierro en el interior de aquella muralla y las cuales se encontraban desprovistas del abrazo de su llama imperecedera. Todo portal clausurado que había dividido a mi paso se encontraba envuelto en aquella flama abrasadora y permanente, pero aquellas dos aberturas metálicas carecían, de alguna manera, de dicha protección.

Mis pasos se dirigieron involuntarios hacía aquella revelación sin detenerme a pensar sobre los peligros que pudiera llegar a encontrarme en su interior o el motivo de su existencia, simplemente no pude imaginar que allí me aguardara algo peor que lo que ya había escarmentado en tan pocas horas, incluso hice caso omiso al fuerte dolor en los pies ante tan pesadas y clausuradas botas; tan sólo quería que todo esto terminara, deseaba con todas mis fuerzas despertar y la inconsciencia me llevó a pensar que, al atravesar aquellas puertas, quizás lograra suspirar de alivio al encontrarme prófugo de esta pesadilla.

Avancé instintivamente y sin preocupación alguna, como si mi cuerpo fuera inmune a toda existencia allí presente, como si cada muerte a mí alrededor, cada pincelada de odio, de espanto y de perverso y satánico entretenimiento resultaran un percance menor comparado al anhelo de alcanzar mi objetivo.

—Hey soldier! (¡Oye soldado!) —gritó un guerrero, pero su orden se perdió entre el bullicio humano y el del acero— **Soldier! I'm speaking to you! (¡Soldado! ¡Te estoy hablando a ti!)** —En ese preciso momento me detuve, y giré la vista hacía la única presencia que se había percatado de mi despreocupado andar.

—¿Qué?

—¿Acaso no entiendes mis palabras?

—¡Sí! ¡Sí! —exclamé con profundo sobresalto.

—¿Se puede saber el motivo por el cual no estás cumpliendo con tu deber? —Me preguntó con rabia aquel sujeto cuyos ornamentos de su armadura ridiculizaban a la que yo llevaba puesta, y dicha intimidación me hizo balbucear dubitativo durante unos instantes.

—Mi deber es relevar a un compañero... —respondí temeroso, implorando en mis adentros el haber dado con la respuesta acertada.

—¿Relevar? ¿Acaso tratas de verme la cara de idiota? —El grado de tensión me superó en forma abrumadora, y sentí como un sudor frío me recorrió la espalda y la frente—. Muéstrame tu marca —ordenó con suspicacia, y yo tragué saliva estrepitosamente en respuesta, provocando que me apuntara con su espada—.

¡Te digo que me muestres tu marca! —Instintivamente relacioné aquella marca con el despellejo en la mejilla con forma de garra, y dicha privación supuso mi fracaso. Mi boca tan sólo dejó largar un suspiro de determinación cuando mis pies se adelantaron a la orden de mi voluntad en conducirme lejos de su presencia, pero aquel guerrero previó aquella reacción; lanzó una violenta tajada en el aire con su sable, con intención de rebanarme el rostro por la mitad, pero me agaché lo suficientemente rápido como para continuar con vida aunque no lo suficiente como para impedir que le propinara una fuerte barrida al penacho de mi casco, dejándome desprovisto de su protección al provocar que este rodara por el suelo. —Impostor... —esbozó apaciguadamente, tan sólo una intensidad que sirve para acomodar las ideas y antecede al alboroto como la calma antes de la tormenta. A punto estuvo de alarmar a todos cuando le propiné una fuerte patada en la boca del estómago, el lugar exacto en el que el metal no conformaba parte de su revestimiento, provocando que cayera de rodillas mientras se sujetaba el abdomen con fuerza y realizaba esfuerzos demenciales por inhalar y exhalar. Pero no hizo falta que diera alarma alguna, pues aquel descuido fue más que suficiente para llamar la atención de los guerreros que se encontraban alrededor. De esta forma, la palabra *Impostor* se transportó a todos los oídos allí presentes.

Así que no me quedó más alternativa que hacer uso de mi última carta. —¡A las puertas! —exclamé con la estridencia rasgando mis cuerdas una vez más— ¡A las puertas! ¡Corran a las puertas por sus vidas! —Y a continuación retomé la huida con la adrenalina anestesiando todo malestar mientras gritaba como un desposeído las mismas palabras, las cuales fueron transportadas en el aire y traducidas por varios idiomas a mi alrededor. Aún me encontraba a un largo trecho, pero la orden que reflejaba la esperanza de salvación había abarcado hasta al último despellejado de aquel campo de batalla provocando que todos, absolutamente todos, se dirigieran hacia aquellas imponentes compuertas de hierro.

Varios guerreros intentaron detenernos el paso, pero sus caminos se vieron obstaculizados por una euforia desenfrenada y provocado por una estampida de cuerpos carentes de generosos fragmentos de pellejo, la cual se llevó por encima todo a su paso. De esta forma sentí, con cierto deleite debo admitir, cómo los cuerpos de nuestros adversarios se sacudieron frenéticamente al recibir toda la furia de nuestra carga conformado por una lluvia interminable de pisoteadas. No tenían manera de contener semejante muchedumbre aglomerada y concentrada en un único objetivo; tuvieron la ventaja momentos antes en que la dubitación nos mantuvo dispersos sin una meta clara, pero ahora todo había cambiado. Tan sólo bastó una revelación para que la balanza se inclinara a nuestro favor.

—¡No permitan que escapen! ¡Deténganles el paso! ¡Somos los guerreros del reino de la muerte! —exclamó un guerrero con total supremacía y con una furia descomunal en cada ataque que parecía barrer el aire a diestra y siniestra, provocando que cada despellejado que intentaba traspasar su posición lo terminara haciendo en forma de miembros cercenados y cabezas rodando por doquier— ¡Por Hëndrill!

—¡Por Hëndrill! —repitieron con poderosa estridencia todos sus guerreros.

—¡Dominus!

—¡Inferni! —Aquella profunda, portentosa y orgullosa proclamación me estremeció de pies a cabeza, y más aún al contemplar cómo su ímpetu influenciaba los intentos ajenos por detenernos a poco de alcanzar nuestro objetivo.

Tuve que detenerme un instante para contemplar detenidamente las facciones de aquel guerrero, de la misma forma que presté detenida atención a cada movimiento, cada gesticulación, su majestuosa armadura que resaltaba de la de todo soldado y su marca en la mejilla izquierda, conformada por tres garras carmesí en forma descendente y una cuarta en forma trasversal. Sin duda alguna, aquel guerrero era el de mayor rango.

A sus espaldas, a cientos de metros de distancia, una multitud de despellejados se encontraban intentando entreabrir aquellas fauces metálicas, al mismo tiempo que otros tantos protegían su retaguardia ante el constante asedio rival. Tenía que llegar hasta allí de alguna manera, pero la realidad a mi alrededor ya no resultó tan favorable como hace unos momentos; la densidad de nuestro linaje comenzó a menguar y las losas de carne a pavimentarlo todo, permitiendo que nuestros carniceros controlaran cada vez más y más terreno a punta de espada.

Tenía que abrirme paso rápidamente, o no viviría para contarlo.

Continué absorto en los movimientos de aquel poderoso adversario que cercaba mi camino, aquel que con una simple orden fue capaz de inclinar nuevamente la balanza a su favor, pero sus movimientos y su determinación resultaron inquebrantables e infranqueables. Un despellejado se lanzó sobre él, impactando ambos pies sobre el torso del guerrero y provocando que su equilibrio se desestabilizara y cayera de bruces; y cuando aquel despellejado se lanzó por encima suyo, el guerrero de la marca conformada por cuatro garras perforó su abdomen con su abominable espada. Varios más intentaron desestabilizarle pero, siempre que caía de espaldas o de rodillas, su arma se encargaba de acabar con todo aquel valiente que tuvo la osadía de desafiarle.

En ese momento supe que tenía que quitarle esa espada de sus manos de alguna forma, pero no sabía cómo.

Aguardé unos instantes implorando que se le cayera de sus manos, pero estas se afianzaban con total dominio sobre su empuñadura. Estudié sus reacciones, sus jadeos, sus posturas, aguardé que me revelara un punto débil, algo que pudiera servirme para impedir que me rebanara el cuello hasta que, finalmente, su matanza me reveló lo que tanto había buscado: Aquel asesino aniquilaba siguiendo un patrón rítmico que difería constantemente entre decapitar, descuartizar y penetrar su filo en cada una de sus víctimas, al cual demoraba hasta dos segundos en retirar el arma ensangrentada para continuar ejerciendo la misma labor de forma ininterrumpida.

Ese breve lapso era su vulnerabilidad, y de ella supe que debía valerme de alguna manera.

Avancé dubitativo, espada en mano, y adquirí velocidad cada vez que creí que el momento oportuno había llegado, pero en más de una ocasión debí retroceder, hasta que finalmente su espada se encontró depositada de lleno en el vientre de otra de sus víctimas; aumenté la velocidad de mi carrera y, antes de que pudiera librar su arma de su obstrucción, me posicioné por entre los brazos de aquel guerrero y su sentenciado, me abrí espacio extendiendo con vehemencia ambos brazos hacía ambos laterales y le propiné una fuerte patada en el plexo que le

depositó de súbito en el suelo, sólo que esta vez sin la compañía de su instrumento mortal.

No me detuve ante ningún anhelo de festejo, tan sólo retomé mi fuga por donde la había dejado.

Embestí cual toro embravecido a todo aquel que se interpuso en mi camino, incluso debí embestir y esquivar a los míos ante la amenaza que reflejaba en ellos mi vestimenta, hasta que me encontré depositando toda mi fuerza en abrirme camino por sobre la muchedumbre aglomerada sobre aquellas dos inmensas planchas metálicas que, poco a poco, fueron cediendo terreno. Su peso era descomunal, pero habían logrado arrastrar la arena con su abertura lo suficiente como para permitir que por allí cupieran dos personas, y tal fue el esfuerzo y el sacrificio en intentar dejar libre nuestra vía de escape que nos tuvimos que conformar con lo poco que se había logrado.

—Quickly! Hurry up! (¡Rápido! ¡Dense prisa!) —La desesperación de los despellejados tratando de escapar por aquel escaso resquicio fue tan alarmante, que los de primera fila no pudieron ejercer movimiento alguno al ser aplastados contra aquellas colosales placas; yo tampoco fui capaz de moverme por unos instantes al ser apretujado por quienes intentaban abrirse camino a mis espaldas, y los gritos de espanto se intensificaron sobremanera ante la muerte que se abría camino con sus mortíferos filos a diestra y siniestra. Mi cuerpo se encontraba tan comprimido que no pude hacer mucho por acelerar el paso de aquel gentío apelotonado en el caos y el desborde.

—Kill'em! Kill'em all! (¡Mátenlos! ¡Mátenlos a todos!) —proclamó un guerrero con una furia que parecía escupir fuego.

Cada vez me encontraba más y más cerca de mi posible salvación.

Cinco pasos restaban de la salida, cuatro del enemigo, cuatro del exilio, tres de un trágico deceso, tres de mi libertad, dos del eterno final. Y cuando un solo paso restaba para poner pie en el exterior, mi espalda se encontró cara a cara con su asechador personal. Sin pensarlo siquiera aferré del brazo a aquel despellejado que se encontraba a la par mía e hice que este tomara mi lugar, provocando que el soldado se ensañara con su pobre existencia mientras daba el último paso hacia la libertad.

No me detuvo el remordimiento, tampoco volví a mirar atrás, simplemente me interné en aquella niebla intensa de vapor ardiente y asfixiante que escapaba impaciente de las cicatrices de la tierra, provocando que la nebulosidad fuera tan inconmensurable que no se pudiera ver nada a más de un paso de distancia.

En aquel laberinto enceguedor no tuve más compañía que un alarido general, gritos provenientes de despellejados sin revestimiento artificial que nada pudieron hacer por evitar quedar atrapados en aquella superficie adherente; incluso pude entreoír aquel siseo estrepitoso de aquella planicie cumpliendo con su deber, como una sartén gigante y a fuego rápido reaccionando al tacto de la carne.

Aun así proseguí, desorientado y renqueante, desesperado por superar aquella colosal y omnipotente envoltura mientras su emanación me calcinaba por dentro con cada bocanada de aire, con cada inhalación y exhalación de aquel fuego impetuoso reflejado en cortinas infinitas de ardientes ventiscas.

Fue la experiencia más abrumadora que haya escarmentado jamás.

En cada paso reflejé mis deseos por despertar de esa pesadilla, de la misma forma en que una parte mía deseó una muerte rápida e indolora con tal de acabar con semejante suplicio. Mis pies continuaron su cometido aunque ya no coordinaba la razón con mis acciones, simplemente fueron comandados por el accionar de mi desesperación, y mi desorientación fomentó el desasosiego y la sensación de desamparo, no quedando más alternativa que postrarme a merced de un sufrimiento que no hacía más que aumentar con el correr de los segundos y del cual nada podía hacer para escapar.

—*¡Dale holgazán! Ya te falta poco.* —No sabría decir si fue una alucinación o un regalo de bienvenida, el cual me incitó a traspasar las barreras de mi defunción. La cuestión es que allí se encontraba aquella mujer, aguardándome con los brazos apuntando hacía mi presencia justo enfrente mío, y pude verla pese a tanta ceguera calcinante.

Cada pisada representó un mayor tormento que la anterior, como si cada huella fuera conformada por uno de los tantos fragmentos de consciencia que fueron desprendiéndose de mi existencia, o incluso fragmentos de mi cuerpo; tan sólo restaban las últimas a desprender, y era en el lugar exacto en donde la voz de mi esposa yacía en paciente espera.

—No puedo más, no puedo más... no puedo... —Estaba a punto de perder la batalla para siempre, a punto de abandonarlo todo, y la impotencia colmó mis ojos de lágrimas y depositó mis rodillas en el suelo abrasador.

—*No puedes bajar los brazos quedándote tan poco. ¡Vamos! ¡Levántate!*

—*¡No puedo!* —grité con toda mi rabia acumulada, permitiendo que el fuego vaporoso a punto estuviera de consumir mi espíritu y mis extremidades inferiores.

—*Mi amor, ¿qué ha ocurrido con ese anhelo ferviente de alcanzar la grandeza en base a tus logros? ¿Cómo lograrás alcanzar el triunfo en tu vida si no eres capaz siquiera de superar los obstáculos de una simple pesadilla?* —Intentar incorporarme fue como tratar de levantar el triple de mi peso por encima de mis hombros—. *Levántate, vamos. Sé que puedes hacerlo, no trates de engañarme* —grité invadido por el sufrimiento, la tristeza y la ira mientras trataba de despegar mis rodilleras del suelo, hasta lograr lentamente ponerme en pie—. *¿Qué te sucede!? ¿Acaso vas a bajar los brazos para ser un holgazán por el resto de tu vida!? ¿Tendré que hacer horas extra en el trabajo para mantenernos a ambos!?*

—Sabes... que odio... que me llamen... holgazán...

—*¡Entonces demuestra lo contrario y mueve esos pies! ¡Vamos cariño! ¡Tú puedes!* —

Avancé con un grito en cada paso, con una aflicción en cada esfuerzo y un lamento en cada hálito de vapor, pero mi mente comenzó a flaquear, mis pasos a trastabillar aún más, la gravedad sobre mi cuerpo a crecer en demasía y la distancia restante pasó de unas pocas pisadas a unos extensos kilómetros. Estiré mi brazo para un mayor acercamiento, pero aún la veía lejos y borrosa cual espejismo enfrente mío—. *Si el destino te impulsara una montaña conformada por un sinfín de alfileres en tu camino, tú encontrarías la manera de escalarlo hasta a cima. Lo sé,*

porque lo estás haciendo en este momento. ¡Vamos mi amor! ¡Vencerás! ¡Triunfarás! ¡Tan sólo unos cuantos pasos más!

Llegado a un punto de mi martirio sentí como, con cada forzado paso hacía mi supuesta salvación, mi vaporoso torturador comenzaba a perder poder en la presencia que lo conformaba. De esta forma, mis últimos esfuerzos encontraron la motivación suficiente y no permitieron que lo poco que me quedaba de raciocinio se marchitara todavía; lo contuve a duras penas, pues este amenazaba con saltar de aquel precipicio que separa la cordura de la insania, y al encontrarme cara a cara con aquel plan de mi destino supe que estaba a un solo paso, a centímetros de distancia, de saber de qué lado de la balanza existencial me encontraría de ese momento en adelante.

Fue el instante exacto en que alcancé a rozar los dedos de mi amada que sentí un impacto profundo en mí, como si algo que me superaba de forma efímera y empírica me succionara por completo hacía mi propio interior, provocando que algunos fotogramas de aquella proyección de mi nefasto entorno se oscurecieran por completo.

De esta manera, los focos de aquel escenario se fueron apagando y las borrosas imágenes de todo a mi alrededor comenzaron a abandonarme, como una pantalla gigante que no hace más que alejarse cada vez más y más, hasta que el telón de mis párpados lo oscureció todo.

Recordé imágenes difusas cuando mis focos se reactivaron intermitentes, escenarios estafalarios donde corría y trepaba por entre montículos desproporcionados de tierra, tan inmensos que se debieron dar grandes saltos para escalarlos o bien atravesarlos en los sectores que amoldaban extensos y mortales pasadizos. También resguardé en mi memoria los vagos fragmentos de todo lo que fui dejando atrás: árboles oscuros y retorcidos hasta lo imposible, malezas que bamboleaban con vida propia y el hedor de la muerte condimentada por las altas temperaturas.

Un cuadro en negro antecedió a la escena de mi huida, a la par de poco más de una docena de despellejados quienes habían logrado valerse con las armaduras del enemigo; otro cuadro oscuro y, a continuación, nuestra desesperación, nuestros gritos de palabras ininteligibles e idiomas incomprensibles ante el terror de habernos topado con una banda de sanguinarios, los cuales nos persiguieron como si sus vidas dependieran de ello; el tercer cuadro de tenebrosa incertidumbre fue abolido por la aparición de varios despellejados salidos de la nada, saltando por entre los montículos naturales con destreza y acabando, uno por uno, con las vidas de quienes intentaron matarnos; y el cuarto fotograma negro antecedió a un acontecimiento que me había deslumbrado por completo, literalmente hablando: una luminosidad inquebrantable que asfixió mis ojos con todo su poder, como si un astro hubiera caído del cielo enfrente de nosotros para colmar nuestras existencias de la incógnita suprema; y lo peor fue que se pudieron

entrever siluetas humanas envueltas en aquel faro divino, las cuales corrieron con determinación, espada en mano, directo a nuestras presencias.

Y el quinto y último cuadro me condujo de vuelta al reino de los conscientes con un poderoso ataque de desbordante histeria, la típica sensación que todo ser experimenta cuando es desterrado del descanso eterno tan abruptamente.

—Relax, don't push yourself (Relájate, no te esfuerces) —dijo un despellejado mientras colocaba sus manos en mi cuerpo con tal de frenar mi desconcierto, pero se la hice difícil.

—¡Suéltame! —grité con el pánico de estar atrapado una vez más en aquella pesadilla, llevando mis nervios a tal extremo que debieron intervenir otros tres individuos para intentar retenerme.

—¡Cálmate! ¡Estás a salvo! (Alemán) —gritó una mujer con el peso de la autoridad máxima, pero todas aquellas palabras inexistentes en mi diccionario no hicieron más que incrementar mi desborde emocional.

—¿¡Por qué me hacen esto!? ¡Les digo que me suelten! —No sabría decir cuál fue el motivo de mi arrebató, si el encontrarme rodeado de tantos rostros desconocidos o el hecho de estar sintiendo en carne propia el dolor más agudo y desesperante que jamás haya sentido, el cual inconscientemente atribuí como causa a la intromisión de todos ellos, y dicha desesperación acrecentó el desgarró de mis cuerdas, las cuales me produjeron una dolencia tan profunda que cada grito emitido se asemejó a la ingesta de fragmentos de vidrio.

—Juan, he speaks your language. (Juan, él habla tu lenguaje)

—I'm coming (Estoy llegando) —respondió un hombre con un tono serio y decidido mientras se abría paso entre los curiosos, el típico tono de quien refleja la experiencia de los años y los desborda por la lengua—. ¡Háganse a un lado, joder!

—dijo una vez llegado a la par mía aquel sujeto de prominente barba superpoblada en canas, prolongada calvicie con dos matorrales enrulados del mismo tinte en cada lateral y el paso de un siglo reflejado en el pellejo de su rostro y su famélico cuerpo—. ¿Qué te ocurre chaval? ¿Por qué tanto alboroto? —Me preguntó aquel anciano cuya fluida motricidad contrastaba notablemente con su deprimente aspecto, con un tono de voz que reflejaba la influencia de toda una vida labrada en las costumbres del campo.

—¿Qué... quienes... —No sabía siquiera cómo formular las preguntas en mi mente, de igual forma que no supe cómo librarme de la pereza mental y del espanto que le habían usurpado las riendas a mi racionalidad.

—Cálmate tío, no te flipes. Mi nombre es Juan, y tanto ellos como yo somos tus aliados —comentó con voz compasiva y ambas manos extendidas en mi dirección, a la vez que realizaba pausados intentos por aproximarse a mi presencia, calculando cada paso para evitar que el volcán volviera a hacer erupción.

—¿Qué... pero qué... cómo... —Hasta que, finalmente, la estabilidad comenzó a caminar por el sendero de mi existencia, empezando por mis palabras—. ¿Qué es todo esto?

—¿Todo esto? —preguntó con una sonrisa condescendiente, mientras extendía sus brazos para abarcar a todo lo que le rodeaba y a quienes le rodeaba— ¿O te refieres a todo en general? —preguntó ahora haciendo un gesto con las manos por encima de su cabeza—. Eres recién llegado, ¿verdad?

—¿Qué?

—¿Vienes de la costa? —Forcé a mi mente a otorgarle una imagen a sus palabras, hasta asentir profundamente compungido tras rememorarle todo: las garras en todo mi cuerpo, la caída, el turbulento naufragio y mi huida de la costa; pero por sobre todas las cosas todo lo que he tenido que hacer para mantenerme a flote en altamar, los arrebatos, los estrangulamientos... y lo fácil que me resultó arrancar una oreja con los dientes y hundir globos oculares con los pulgares—. Ya veo. Pues permíteme darte la bienvenida. Verás, ¿cómo explicarlo? No es sencillo dar a conocer todo en el estado en que te encuentras. Primero deberías reponerte de tus heridas.

—He...matado... —Las imágenes aún estaban frescas, y los gritos de las vidas que he arrebatado parecían adaptarse al ritmo de mi pulso. En casos como este intentas atinar un pensamiento, una catarsis en base a tan repentino acontecimiento, pero la mente ya no toma partido en estas circunstancias, más bien el cuerpo se encarga de padecerlo. Es como un escalofrío, sólo que en el sentido inverso: lo primero resulta un sobresalto corporal que nace del interior y se exterioriza, pero en este caso aquella sensación nefasta nace del exterior y se introduce en tus huesos para explotar dentro de ellos con la potencia de una bomba atómica; en otras palabras, como si la vida que acabas de extraer fuera succionada adentro tuyo, provocando un poderoso entumecimiento que deja bobas tus extremidades. Al tiempo se desvanece, pero ya nada resulta ser lo mismo, y luego de haber recapacitado sobre aquello que nació o se extinguió dentro tuyo llegas a la conclusión de que aquel proceso anímico y motriz no reflejó más que el fin de una era, la muerte de lo cotidiano y el nacimiento de algo a lo cual no quieres dar nombre o razón de ser, pero sabes que está, como un indeseado huésped que no tiene intenciones de marcharse.

—Desde el momento en que pones un pie en este reino, es de lo que debes valerte para llegar con vida al día de mañana. Con el tiempo le llevarás la mano.

—¿Qué es todo esto? —pregunté, ejerciendo una prolongada pausa entre palabra y palabra procurando mitigar la agonía de mi parla.

—No seas impaciente colega. Recuéstate, y te lo contaré todo.

Cumplí con su pedido y, mientras tres de sus compañeros ponían manos a la obra, Juan se sentó a la par y trató de hacer a un lado todo sufrimiento y pensamiento oscuro con una plática insulsa y nacida de un optimismo fingido, pero nada de lo que dijo fue capaz de apagar mi incendio, alimentado por una sobrecarga emocional a raíz de los hechos y el dolor que me infringieron aquellos que sólo buscaban socorrerme.

La labor de aquellos tres consistió en tratar de despojarme de la hurtada vestimenta guerrera, pero no resultó ser una tarea sencilla. Intentaron tener el mayor cuidado para quitarme las hombreras y brazales, pero en ambas ocasiones fracasaron, así que transportaron sus intentos a mis rodilleras y mis botas. Pude sentir la carga de la impaciencia sobre sus buenas intenciones, provocando que la sutileza flaqueara lo suficiente como para perder la batalla contra la brusquedad. Aun así, nada pudo hacerse más que aumentar mi tormento, pues tratar de despojarme de cualquier capa externa fue como tratar de quitarme la piel adherida a la carne.

—¡Dime! —atiné entre todas las palabras conformadas por mis dolientes alaridos— ¡Dime de una vez que es todo esto!

—¿No eres capaz de sacar una conclusión propia? Esto es el infierno —respondió Juan con voz apagada, y calló unos instantes mientras mis gritos continuaron ocupando gran margen de sus palabras—. ¿Ha mejorado tu situación ahora que lo sabes? ¿Te ha quitado la pesadumbre de encima? Porque no veo mejoría alguna. —Cada tanto se detuvo, tan sólo para tratar de rescatar un término comprensible por entre aquel concierto de notas agónicas compuestas por mi repertorio—. Sé perfectamente por lo que estás pasando en este momento —dijo posando una palma en el nerviosismo abismal de mi hombro derecho—. Todos hemos empezado de la misma forma: desorientados, horrorizados y tristes, reflejándolo todo en gritos y más gritos. Es curioso, ¿no te parece? Ninguno resulta ser la excepción.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué fuera el primero en cantar el feliz cumpleaños? — Juan esbozó una leve carcajada e hizo un ademán con una mano y, acto seguido, los tres despellejados sujetaron de cada una de mis extremidades para que no pudiera moverme, permitiendo que otros dos terminaran con la faena.

Depositaron todos sus esfuerzos en mis pies, tironeando con salvaje fuerza y provocando que mi carne se presentara en forma supurante, con una cobertura líquida y viscosa y una infinidad de diminutos cráteres producto de los ínfimos trozos de pellejo que prefirieron permanecer al resguardo adherente de las botas. Continuaron con mis rodilleras, sin detenerse ante mi inquebrantable y penetrante angustia cada vez que lograban extraer tramo tras tramo de cobertura, ni siquiera al ver algún que otro fragmento de mi conformidad estirándose como goma de mascar aún incrustada a la parte interna del acero. Por suerte, el peto y las hombreras no resultaron tan difíciles como lo anterior ya narrado, pero aún restaban los despojos de túnica, cuya tela quedó completamente consolidada a mi complexión. Jirón tras jirón fueron despojándome ante una labor interminable, permitiendo que el dolor no hiciera más que incrementarse y me quitara por completo el aliento, y cuando finalmente extrajeron todo rastro de paño de mi plexo imploré que se detuvieran, pues aún quedaban intensiones de desvestir mis antebrazos.

—No podemos dejarte los brazales, después será imposible quitártelos —objetó Juan con una preocupación que costaba a uno creer.

—Basta... por favor... —Mi dolor se había topado de frente con un profundo cansancio febril y la carencia total de toda voluntad en mis cuerdas vocales, y aquella sensación de ahogo alcanzó un punto álgido. Sentí ese fuego que me carcomió en la neblina de vapor subir por mi faringe, una y otra vez a medida que intentaba inhalar aire apropiadamente.

—Si te los dejamos, puede que contraigas infección.

—Dije basta...

—¡Joder chavall! Muy bien, luego no quiero quejas, ¿vale? —No respondí, sólo me dejé llevar por el alivio de una dolencia total que había pasado del proceso a un constante latido punzante en todo mi cuerpo, y el breve silencio subsiguiente fue abatido esta vez por una multitud gritando eufóricamente a lo lejos.

Dichos gritos llamaron mi atención, ya que estos no reflejaban el mismo sacrificio que me había acompañado hasta ese momento, sino que transmitían repudio y festejo a partes iguales; incluso algunos que otros aplausos internados en aquella distancia descolocaron mi repentina curiosidad.

—¿Qué estás haciendo? —Tanto Juan como los demás despellejados trataron de impedir que me incorporara—. Tienes que descansar.

—¿Qué está pasando allá? —pregunté, haciendo mención del origen de la algarabía.

—Estamos de festejo —respondió con una gran sonrisa—. Hemos recibido un número importante de nuevos integrantes y capturado a veintiún cazadores, cinco de ellos con vida.

—¿Cazadores?

—Los guerreros de la diosa —Su respuesta me había desconcertado, reflejándolo en mi ceño para que pudiera notarlo—. Aquellos quienes nos dan cacería a punta de espada, aquellos mismos que a punto estuvieron de acabar con tu vida allí afuera de no haber sido por nosotros. —Sus palabras despertaron en mí una necesidad abrumadora que había dejado en pausa para enfrentar otras desventuras, la necesidad de llenar aquellos espacios en blanco de mi mente y tratar de encontrar su conexión con aquellas imágenes salidas de mi inconsciencia. Y es que en verdad creía que todo aquello se trataba de otra pesadilla, cuando en realidad no resultó ser más que una laguna mental que partió del momento exacto en que logré escapar de las garras de aquel profundo e interminable manto de vapor ardiente; pero tratar de recordarlo se sintió como una infinidad de agujas insertadas alrededor de todo el cráneo—. Te has dado un fuerte golpe en la cabeza —dijo luego de notar la mueca involuntaria de dolor que me había generado al llevarme una mano a la cabeza, para luego comprobar que la tenía completamente vendada a la altura de la frente.

—¿Qué ha pasado? —pregunté absorto.

—¿No lo recuerdas? —Negué lentamente con la cabeza—. Cuando dimos con el encuentro de aquella manada de cazadores, nos topamos también con once despellejados petrificados por todas las armas apuntando en su contra, ¿y adivina quién formaba parte de dicho grupo encarnecido? —preguntó con cierta picardía, mientras sus manos me dieron la respuesta al hacer un ademán en honor a mi presencia—. La noche nos sorprendió a todos, pero aun así logramos aniquilar a todos antes de que sus brillos nos encandilaran y logran acabar con ustedes. Desafortunadamente no llegamos a salvarlos a todos, sólo a ti y a tres condenados más.

—¿Sus brillos? —En ese momento recordé la incandescencia absoluta y las figuras humanas que corrían a nuestro encuentro bajo su abrigo, y me horrorizó aún más el simple hecho de que Juan se encontrara dándome una explicación certera a una escena que creí que sólo había ocurrido en otro mal sueño.

—El poder del fuego divino, emanado de toda armadura guerrera al caer la noche.

—¿Me estás diciendo que esta armadura puede brillar como el sol?

—¡Joder chavall! ¿Hasta cuándo estarás tocándome los cojones con tantas preguntas? —El silencio entre ambos reinó un breve instante, el cual se partió a la mitad por el suspiro del español—. Sólo por la voluntad de un cazador. Su calidez resulta ser la única chance de sobrevivir al invierno nocturno —Mi ceño se frunció nuevamente—. ¿En verdad no lo recuerdas? —Dudé un instante, pero terminé negando una vez más con la cabeza—. Vaya, ese golpe sí que te descolocó.

¿Recuerdas al menos quién eres? —Por ilógico que suene tampoco me había percatado de eso, y me desesperé aún más al intentar reforzar los engranajes de

la razón para no obtener siquiera mi nombre —. Recuéstate y relájate, ya has sufrido demasiado. Tienes que evitar la recaída y recuperarte. —Pero no tuve intención más que de incorporarme para descubrir, con mis propios ojos, el origen de tanto ajeteo de júbilo en una realidad que contradecía a toda necesidad de festejo.

—¡Comienzas a sacarme de quicio maldita sea! ¿Por qué esa necesidad de empeorar tu situación? ¿Eh? —esbozó ahora con cierto rencor.

—Tengo que verlo, tengo que estar ahí...

—¿Por qué es tan importante?

—No lo sé... yo sólo... —En realidad, ni siquiera yo mismo lo supe—, sólo quiero estar ahí.

—Haz sufrido un fuerte shock. Créeme cuando te digo que es mejor que te recuestes y no muevas un solo músculo hasta que se considere oportuno lo contrario. —Pero debió resignarse al notar mi reticencia; suelo ser muy cabeza dura a veces, lo reconozco. Ni yo mismo sabía la razón por la cual quería presenciar los acontecimientos que se estaban llevando a cabo, simplemente ardía en deseos de saciar mi curiosidad—. Al menos deja que te venden las heridas, ¿vale?

Y una vez vendadas por completo mis dos extremidades inferiores, ambos brazos y la totalidad de mi abdomen con largas tiras de pellejo animal embadurnadas en una especie de ungüento pegajoso y sanguinolento, el cual desembocó en un moderado alivio de mi ardor, sus compañeros me ayudaron a incorporarme por entre sus hombros y, con toda la calma del mundo, me transportaron hasta la muchedumbre altanera.

Avancé auxiliado por aquel corredor cavernario, conformado por un pasadizo extenso de piedra rojiza e iluminado por dos antorchas enfrentadas cada diez pasos, un pasillo húmedo y polvoriento el cual mostraba a su alrededor pinturas rústicas y garabatos rupestres de todo tipo, y continuamos camino entre decenas de despellejados desnudos y revestidos de pelajes ajenos, cuerpos fornidos y flácidos, rostros severos y curtidos por las penurias, sonrisas conformadas por dientes carcomidos por la podredumbre y la carencia parcial o total de su contenido, ojos que desbordaban todos los sentimientos, cuencas completamente vacías y palabras alegres, frases entusiastas por lo acontecido y aún más por mi desfile asistido por entre todos ellos.

—Bienvenido a nuestra humilde morada. (Francés) —Me dijo el primero de todos ellos, un sujeto de rostro alargado y expresión deprimente, al cual simplemente asentí con una dudosa sonrisa.

—¡Felicidades guerrero! ¡Lo has conseguido! (Danés) —Una gran multitud se aglomeró a mi alrededor, un caldero hirviente de incomprensión conformado por voces atropelladas unas con otras de palabras que no lograban hacerse entender, manos palmeando mis hombros y envolviéndome en repentinos abrazos, y rostros de todas las características y tonalidades con dos puntos en común: una gran sonrisa bobalicona de deplorables dentaduras y el paso de las penas y las inclemencias bifurcadas en la expresión y la tonalidad de la tez, detonando aspectos tan lastimeros que daba la impresión que el peso de los años ensartaba con mayor vehemencia en aquella realidad.

—Leave it alone, come on. Let us go. (Déjenlo en paz, vamos. Déjennos pasar) —Aunque la muchedumbre estaba tan emocionada aquella velada que intenciones no tuvieron de marcharse hasta saciar sus curiosidades—. **Come on, he has gone through the boiler, have a little consideration regarding his health. (Vamos, ha pasado a través de la caldera, tengan un poco de consideración respecto a su salud)** —Afortunadamente, las palabras de Juan lograron aflojar algunas efusividades, pero hubieron algunos quienes simplemente no comprendían el inglés o bien no tuvieron intenciones de dejarme en paz; en esos casos sólo bastó con que mis acompañantes abrieran paso anteponiendo sus presencias.

—Joder chaval, tienes más seguidores que el resto —dijo Juan mientras pasábamos a la par de otros tres focos de chismerío, con la diferencia de que las conformaban grupos notoriamente reducidos de condenados en comparación.

—¿Quiénes son ellos?

—Pensé que tú lo sabías, ellos tres han arribado bajo tu tutela. —Le miré con cierta consternación—. Ah, claro —dijo ahora, señalando el vendaje de mi cabeza—. Has llegado en un día muy importante para nuestra manada.

—¿Por cuál motivo?

—Hemos recibido a quince nuevos condenados a nuestra comunidad, personas que han decidido desertar de otras manadas para instalarse en la nuestra; y esto no termina acá, sino que además hemos logrado dar con un gran botín en la cacería, así que ponte cómodo, que esta noche tendremos preparado un gran festín en tu honor.

Continué con mi lento y auxiliado caminar a través de aquel corredor cavernario fuertemente infestado de personajes estafalarios, todo envuelto en un hedor corporal tan intenso que difícilmente se podía respirar en presencia de todos ellos, y al pasar por el último de los focos de atención, el perteneciente a aquellos quienes han arribado conmigo, mis ojos se toparon con los de un condenado asiático sentado en el suelo a la par de otros dos recostados y perdidos en el letargo de sus cansancios y malestares; su expresión, acompasada por un temblor corporal levemente perceptible y unos ojos inquietos hacia cada uno de aquellos quienes le rodeaban, detonaba un nerviosismo que amenazaba con estallar en cualquier instante. No fue hasta que pasé por allí que aquel sujeto decidió acercarse a mi encuentro como quien tiene intenciones de lanzarse a una feroz contienda.

Retrocedí varios pasos para evitarle y casi caigo de espaldas, a lo cual varios de los allí presentes sirvieron de intermediarios y atajaron su embestida anteponiéndose.

—¿Qué es este lugar? ¿En dónde nos encontramos? ¡Dime! (Chino) —La desesperación de aquel sujeto por llegar hasta mi presencia se notaba en la tensión con la cual debieron sujetarle de ambos brazos, y ante cada incomprensión resultaba inevitable que contemplara a la única persona capaz de brindarme siquiera un atisbo de lo contrario.

—Desafortunadamente no hay nadie en nuestra comunidad que hable o comprenda su idioma.

—¿Es una pesadilla? ¡Dime que todo esto es una pesadilla! (Chino) —Le contemplé anonadado mientras mis pies volvieron a ponerse en marcha, hasta

ignorarle por completo al encontrarme ahora de frente al nacimiento de todo alboroto: un despellejado, un sujeto con severos baches de calvicie y con pequeñas hebras de un dorado marchito ocultando sus orejas, brazos fornidos en carne viva y el torso inflado ante la insistencia de una muchedumbre conformada por gritos y palabras que transmitían el hedor de un odio iracundo; y por delante de aquel sujeto que exigía silencio con el puño cerrado en el aire yacía un hombre completamente revestido en pellejo a excepción de la pierna derecha, al cual le habían arrebatado su vestimenta divina y ahora se postraba arrodillado, completamente desnudo y con la cabeza gacha y las manos ocultas por detrás de su espalda, realizando profundas y entrecortadas inhalaciones al mismo tiempo que trataba de controlar su ataque de nervios; y de su rostro caído y nublado por su cabello suelto y enmarañado discurría sangre a borbotones.

Juan había dicho que habían capturado a cinco cazadores con vida, pero sólo vi a ese; el resto yacía a un costado del escenario principal, recreando un montículo con sus veinte compañeros caídos uno encima del otro y decorados por cataratas de sangre que discurrían libres de toda complexión; les habían quitado las armaduras y todo lo que pudiera llegar a ocultar la nostalgia de aquel pellejo que se nos fue arrebatado, dejando al descubierto diversas tonalidades y bastas complexiones, rostros de una seriedad apabullante y expresiones desencajadas hasta lo grotesco, y posiciones imposibles y entrelazadas unas a otras como un aterrador rompecabezas humano, pero por sobre todo demostrando la fragilidad que nos caracteriza, como si la vida misma no valiera nada y nuestras carne resultara prescindible.

—I see that we do not understand each other. Why will it be? (Veo que no nos comprendemos el uno al otro. ¿Por qué será?) —dijo aquel despellejado de la calvicie en cuotas con total seriedad, apuntando una espada en contra de aquel guerrero privado de su libertad.

—What do you want me to say? (¿Qué quieres que diga?) —preguntó este, no sin antes escupir la sangre que le obstruía su parla.

—Answer my fucking question. Why are there so many hunters hanging around everywhere? (Responde mi maldita pregunta. ¿Por qué hay tantos cazadores merodeando en todas partes?)

—Today was the day... (Hoy fue el día...) —dijo aquel cazador con cierta dificultad, intentando recobrar la compostura **—, that the second star fell from the sky. (en que la segunda estrella cayó del cielo.)**

—And what's the meaning of it? (¿Y cuál es su significado?)

—The first announced his early arrival...(La primera anunció su pronta llegada...)

—And the second one? (¿Y la segunda?) —interrogó aquel despellejado de cabello carcomido por el fuego y la dejadez, pero por un momento al prisionero le costó juntar el aire suficiente como para mantener estable aquella plática—.

Answer! (¡Responde!) —amenazó con la parte plana de su espada depositándose sobre su mentón, y ejerció fuerza para incorporársela y dejar al descubierto su magullado y ensangrentado rostro.

—The arrival itself. (La llegada misma.) —Las palabras del guerrero resultaron forzadas y entrecortadas, como si algunos cables aun no logran encontrar su cavidad luego de semejante golpiza.

—Of who? (¿De quién?) —La impaciencia comenzaba a apoderarse del interrogador.

—Of that warrior capable to abolish the reing of our goddess. (De aquel guerrero capaz de abolir el reino de nuestra diosa.)

—Ok! Let me get this straight. There's a warrior out there who can defeat Hëndrill? (¡De acuerdo! Déjame ver si entendí. ¿Hay un guerrero allí afuera quien puede derrotar a Hëndrill?) —Aunque no entendiera palabra alguna de aquel interrogatorio, si podía notar las sutilezas en los cambios de timbre, como aquel que en esta última pregunta la adornaba de sarcasmo.

—The oracle prophesied it, I'm just a Messenger... (Lo predijo el oráculo, yo soy tan sólo un mensajero...)

—And who is that warrior? A hunter? (¿Y quién es ese guerrero? ¿Un cazador?)

—Could be a hunter, or could be a damned. (Podría ser un cazador, o bien podría ser un condenado.)

—Are you telling me that this warrior could be one of us? (¿Me estás diciendo que este guerrero podría ser uno de nosotros?) —preguntó el interrogador con un remarcado tono de asombro.

—Liar! (¡Mentiroso!) —proclamó uno de entre la concurrencia, provocando que todos echaran leña al fuego del alboroto—. Kill him! (¡Mátenlo!) —No hubo ningún rasgo del festejo y los aplausos que me habían conducido hasta allí, tan sólo esa furia colectiva y el deseo ardiente de cortarle el pescuezo al cazador.

—I'm not lying! Is the truth! (¡No estoy mintiendo! ¡Es la verdad!) —No importaba cuanto gritara aquel cazador, pues el griterío era aún más poderoso.

—This will take a while (Esto tomará un rato) —dijo el interrogador cuyo despellejo le abarcaba por completo ambos brazos, el cual extendió su palma y, de esta forma, seis condenados se encargaron de arrastrar los cuerpos de los cazadores muertos hasta el extremo opuesto de la concurrencia, lo cual provocó un entusiasmado aplauso que atrajo la atención de toda la comunidad, amontonándose ahora en el único entretenimiento de la noche.

—So, you don't know who that warrior is...? (Entonces, ¿tú no sabes quién es ese guerrero...?)

—Not even Hëndril, not even the Oracle. Could be anyone and could be in any place. (Ni siquiera Hëndril, ni siquiera el oráculo. Podría ser cualquiera y podría estar en cualquier lugar.)

—Ok, then you're not useful anymore. (De acuerdo, entonces ya no nos sirves) —Aquel condenado puso firme su espada y, en el momento en que la apuntó decidido hacía su víctima, recibió una vez más la ovación de público.

—No! Please! Slice my cheek! Do it please! Let me be part of your community! Could be very useful sharing my skills to you people! (¡No! ¡Por favor! ¡Rebana mi mejilla! ¡Hazlo por favor! ¡Permíteme formar parte de tu comunidad! ¡Podría ser muy útil compartir mis habilidades con ustedes!) —

Se notaba a la legua la consternación tratando de atinar a las palabras adecuadas, y más aún ante el deseo ardiente de ver correr la última sangre de la noche, lo cual explotaba en cada grito, cada insulto y cada escupitajo hacia su presencia.

—Kill him! Kill him! Kill him! (¡Mátalo! ¡Mátalo! ¡Mátalo!)

—He's here!!! He is in Kimalrad!!! (¡¡¡Él está aquí!!! ¡¡¡Él está en Kimalrad!!!)

—exclamó desesperado el guerrero de una garra en la mejilla derecha, con una estridencia reveladora que silenció a todos y permitió que sólo reinara el sonido de su gimoteo.

—You would be able to reveal the whereabouts of your mother in order to save your own skin. (Tu serías capaz de revelar el paradero de tu madre con tal de salvar tu propio pellejo.)

—Is the truth! Almost one hundred skinned escaped from the beach! Our goddess is desperate to find them! (¡Es la verdad! ¡Casi cien despellejados escaparon de la playa! ¡Nuestra diosa está desesperada por encontrarles!)

—They could have escaped more from the other continents. (Pudieron haber escapado más de otros continentes.)

—Maybe, but it's impossible to try to survive so many hunters behind closed doors. (Puede ser, pero es imposible tratar de sobrevivir a tantos cazadores a puertas cerradas.)

—So, that warrior... (Así que, ese guerrero...) —dijo el interrogador, volteando su presencia a medida que hablaba.

—...puede estar entre nosotros —dijo Juan a la par mía, contemplándome como quien hubiera recibido una importante revelación.

—Si... si, es posible —respondió el cazador exasperado por depositar su relato en oídos comprensibles, y su dominio del español me asombró.

—¿Hablas bien el español? —No pude evitar hacer esa típica pregunta absurda de quién tiene la respuesta justo frente a sus ojos.

—Nosotros hablamos todos los idiomas —respondió con el nerviosismo desbordando en esperanza, al continuar dándole motivos para mantener su existencia aún intacta—, incluso aquellas que se consideran muertas.

—¿Y... por qué se me quedan viendo así? —pregunté ahora a Juan, pues las miradas de todos clavadas en mí me pusieron los nervios de punta.

—Resulta que, de todos los caídos despellejados del firmamento, uno será el responsable de acabar con el reino de la diosa de este agujero —aclaró el español con cierta admiración, como si creyera que yo fuera ese despellejado.

—¿Y eso que tiene que ver conmigo?

—Aparentemente, en esta isla sólo cien despellejados han logrado escapar de las costas atestadas de cazadores a puertas cerradas, o al menos esa información hemos logrado recabar, y sólo ustedes cuatro lograron llegar con vida hasta aquí.

—En ese momento sentí que mis ojos se desorbitaban—. Tiene sentido si te pones a pensarlo: Nunca antes habíamos visto a tantos cazadores merodeando al mismo tiempo por todas partes, definitivamente hubo un acontecimiento que alteró los nervios de todos.

—Sí, perfecto, ¿Pero qué tengo que ver yo?

—¿Es que no lo entiendes? ¡Eres el cojonudo guerrero de la estrella descendente!

—Las palabras de Juan detonaban una repentina y exagerada admiración hacia mi persona.

—¡Pero yo no fui el único en llegar hasta aquí!

—Pero fuiste el responsable de que lo hicieran.

—¿¡De qué responsabilidad me estás hablando!?

—Has luchado con tu espada con una fiereza digna de ovación, y has permitido que tus compañeros conservaran sus vidas hasta nuestra intromisión.

—¡Pero si nunca en mi puta vida aferré una espada! —Estaba comenzando a perder los estribos.

—¡Joder! No empieces nuevamente a tocarme de los cojones, que afortunadamente no padezco de ceguera. Ten en cuenta el golpe en la cabeza que te has dado, así que es normal que no recuerdes tus dotes de guerrero.

—¿¡Pero es que estamos todos locos!? ¿¡O soy sólo yo!?

—¡Cálmate por favor! —Juan intentó apaciguar mi repentino ataque de nervios al ver cómo me revolvía por entre los brazos de aquellos dos que me ayudaron a mantenerme en pie, lo cual generó la intromisión de varios más para tratar de calmar mi situación.

Todo ocurrió tan deprisa, que ninguno previó lo que sucedió a continuación.

Aquel cazador había logrado liberar ambas manos de su amarre sin que nadie lo notara y, al ver la oportunidad que inconscientemente le había otorgado, rodó por el suelo en dirección a un arma postrada junto a todo lo que se le había desprovisto a sus compañeros muertos y la arrojó con todas sus fuerzas hacia mi dirección, momento justo en que uno de los condenados se interpuso para intentar tranquilizarme cuando la alarma de lo inesperado aún no se había activado. De esta forma recibió el improvisado proyectil en la intersección de los pulmones y atravesó sus costillas por el lado contrario; y encima durante el transcurso del proyectil, el guerrero tuvo tiempo suficiente para lanzarse a una veloz carrera hacia su interrogador, arrebatándole la espada de la mano y sujetar su cuerpo de espaldas mientras depositaba el filo del arma en su cuello.

—Back away from me! Every one of you! Don't get closer or I swear I will kill him! (¡Aléjense de mí! ¡Cada uno de ustedes! ¡No se acerquen o juro que lo mataré!) —Aquel cambio de roles había tomado a todos por sorpresa.

—¿Y qué harás luego? —preguntó el anciano español con una seriedad asesina.

—¿Crees que no lo haré? ¡No me pongas a prueba imbécil!

—¡Ya me cansé de esperar! ¡Tengo hambre! (Alemán) —exclamó una mujer con desinterés, cuya oración quedó fulminada por su espada alzada en el aire provocando gritos de regocijo.

Con el pasar del tiempo aprendí que un simple gesto puede revelar mucho más que toda una frase de lengua incomprensible, pues allí los acontecimientos y las necesidades eran muy básicos.

—Condenados. Título bien merecido. (Alemán) —esbozó aquel guerrero luego de una portentosa y sobre-exagerada carcajada, demostrando un coraje que jamás se le hubiera atribuido a aquel cazador lastimero y patético de unos instantes atrás. Él sabía que nada podía hacer para escapar ileso así que, dirigiéndose ahora hacia la líder del grupo, se encargó de hacer memorable su acto final con aquella mirada desquiciada y aquellos colmillos sobresalientes ante el repudio de nuestra calaña—. **No importa cuánto tiempo transcurra, tarde o temprano caerán al sufrimiento eterno. Les ultrajarán la carne, las aves les picotearán en vida, les desmembrarán cada miembro con toda la paciencia del mundo y gritarán, implorarán, llorarán y se humillarán una y otra vez con tal de evitar un castigo que no dejará de repetirse nunca. ¡Es su destino! (Alemán)** —Acto seguido, le rajó la tráquea a su interrogador, lo dejó caer al suelo

y extendió ambos brazos en bienvenida a todos los condenados que se habían lanzado feroces hacía su presencia—. ¡Dominus Inferni! —Aquellas fueron sus últimas palabras antes de que una descarga de puños enfurecidos se colmaran sobre él, con tal ímpetu que algunos fragmentos del cráneo se perdieron en su interior o bien quedaron clavados en los nudillos de los verdugos, y la sangre desbordó por aquel orificio que se había fusionado a la abertura de su mandíbula, otorgándole un aspecto sumamente perturbador.

—¿Jefe? ¿Te encuentras bien? —Me preguntó Juan, pero yo no reaccioné. Tal fue el desborde por todo lo que debía procesar que simplemente no pude siquiera pensar en una simple respuesta—. ¿Por qué mejor no te recuestas nuevamente hasta que esté lista la cena?

—¿Cena? —pregunté con cierto desequilibrio en mi timbre mientras contemplaba absorto a aquellos condenados que se aproximaban hacía los cadáveres cazadores, espada en mano.

—¿Sabes? Me recuerdas mucho a mí cuando recién empezaba en este agujero. Comprendo por todo lo que estás pasando, y me caes bien, así que te daré un consejo de buena voluntad: Acostúmbrate, y rápido.